

Adoptado por morada de los reyes cristianos, el Alcázar de Sevilla es el único monumento de este género que aquellos hayan conservado en España. La rica ornamentación policroma de varias salas, que, según la moda española, se enjalbegó, y que el duque de Montpensier hizo restablecer en su estado primitivo, da una idea de lo que fueron las salas de la Alhambra antes de cubrirlas también de una maldita capa de cal. El patio de las Doncellas, donde según la tradición, los reyes moros de Sevilla recibían anualmente las cien vírgenes que los cristianos les pagaban en tributo, es bellissimo, como también la sala de los Embajadores, siendo esta última una verdadera maravilla, á pesar de la araña de pacotilla con que han pretendido adornarla. Sólo en el Alcázar de Sevilla cabe estudiar, exceptuando Damasco y poquísimas mezquitas del Cairo, esos techos de madera esculpida, pintados y dorados, que hoy serían la gloria de nuestros más suntuosos palacios.

Sevilla es indudablemente la más animada y civilizada ciudad de España; y en este concepto forma un gran contraste con Granada, que ha conservado todo el salvajismo de la Edad media y un odio feroz á los extranjeros.

Monumentos árabes de Granada.—En la Alhambra (*Kal'at el hamra*, castillo Rojo), palacio del siglo XIV, se manifiesta en todo su esplendor la arquitectura árabe de España.

Edificada en uno de los más bellos puntos del mundo, al pie de las cumbres de Sierra Nevada, en una colina situada al extremo de la población, domina á la ciudad, lo mismo que á las inmensas y fértiles llanuras de la vega.

Mirada desde el pie de las peñas que corona, no se ven desde su parte exterior sino unas torres cuadradas, de colores rojizos, cuyas bases se destacan entre una espesa verdura, y cuyos remates se perfilan en un cielo azul. Si entramos en las bóvedas sombrías de los árboles seculares que rodean al palacio, y que tan sólo animan el canto de los pájaros y el murmurio cristalino de las aguas corriendo por las canalizas de los senderos, llegaremos en breves momentos á la entrada de aquel célebre edificio, tantas veces cantado por los poetas, y particularmente por el autor de las *Orientales* (*Víctor Hugo*):

¡La Alhambra! ¡la Alhambra! palacio que los genios han dorado como un sueño y llenado de armonías; fortaleza de almenas festoneadas y ruinosas, donde por la noche se oyen mágicas palabras, cuando la luna, pasando por mil arcadas árabes, llena las paredes de blancos tréboles....

Inútil sería intentar hacer de la Alhambra una descripción que llegase á dar de ella una idea precisa: sólo puede hacerlo el lápiz, y á él la hemos encomendado: de modo que los grabados que ponemos á la vista del público reemplazarán ventajosamente lo que nosotros podríamos decir.

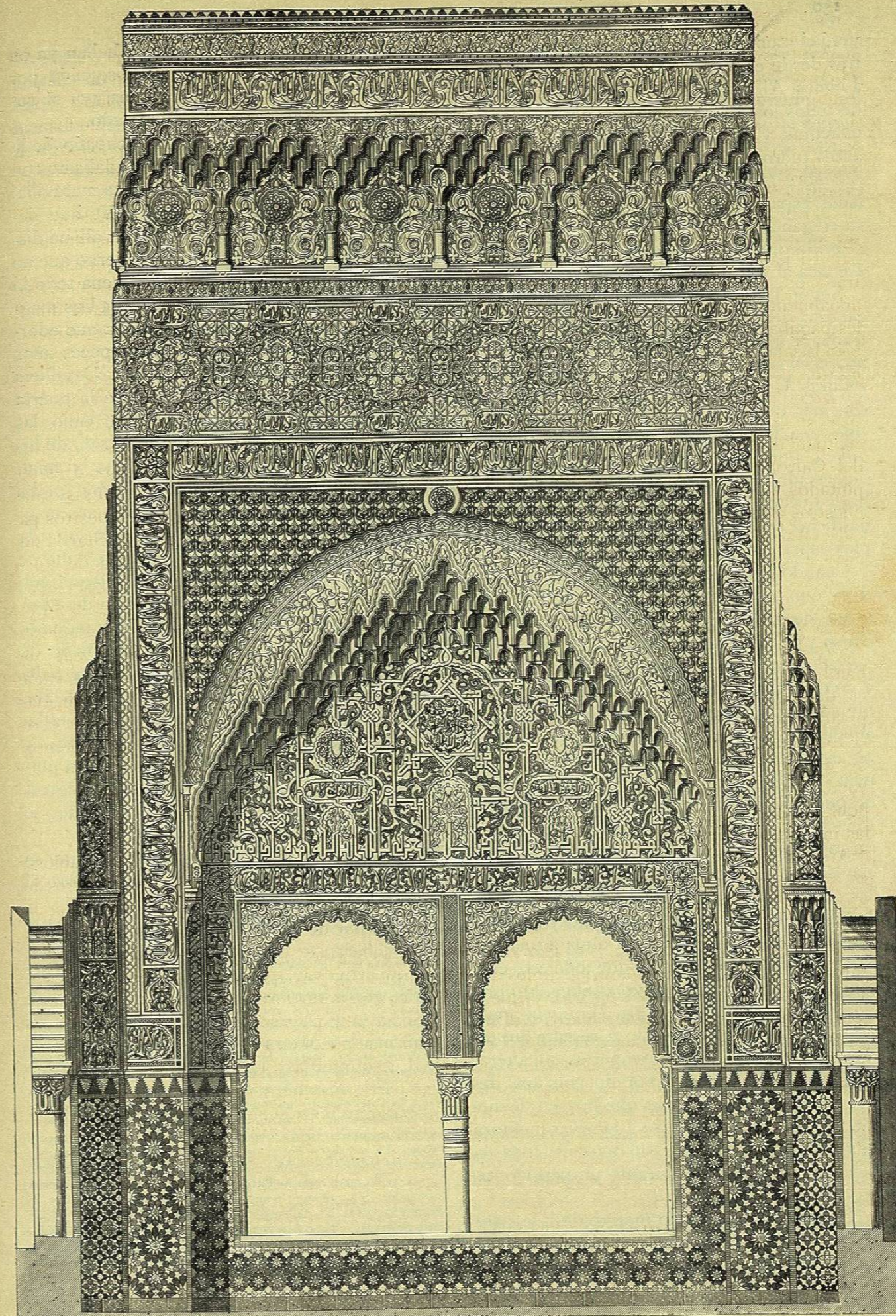
Todo es verdaderamente tan notable en este palacio, que uno no puede menos de extasiarse ante esas paredes cubiertas de magníficos arabescos esculpidos, que parecen blondas; de esas ojivas festoneadas, y de esas bóvedas de donde penden admirables estalactitas, antiguamente pintadas de azul, de rojo y de oro.

Como muchos palacios árabes, la Alhambra no se parece en nada á los edificios análogos de Europa. Carece de frontis, y su ornamentación tan sólo existe en la parte interior. Toda la obra es maravillosa, pero toda también es pequeña. En ninguna parte se ve esas salas grandes, solemnes y fastidiosas de nuestros palacios europeos, construídos para excitar la admiración de los visitantes á expensas de la comodidad de los que los habitan.

Estudiando la Alhambra, se reconstituye fácilmente la vida de los soberanos árabes: desde aquellas ventanas, la vista no abarca más que horizontes dilatadísimos, y es imposible vagar por los deliciosos jardines de Lindaraja sin evocar mil recuerdos; pues allí iban á buscar el regalado frescor de los sotillos, cubiertos siempre de sombra, y á respirar el olor perfumado de las flores más raras, las favoritas de los reyes de Granada, escogidas entre las más garridas hermosuras de Occidente y Oriente.

Rodeado de una corte de artistas, de sabios y literatos, que eran entonces los más ilustres del mundo, el poseedor de estas maravillas podía tenerse por digno de la envidia de todos los demás soberanos; y como ese rey de las Indias, de quien habla la leyenda, no se habría excedido grabando en las puertas de su palacio: «Si hay un paraíso en la tierra, está aquí; no está más que aquí.»

La fotografía y el dibujo han popularizado las partes más hermosas de la Alhambra, como el patio de los Leones, la sala de las dos Hermanas, la de los Abencerrajes y la de la Justicia, todo lo cual es ya célebre. Nuestros grabados mostrarán á aquellos de nuestros lectores que no las conozcan, que aquellas obras merecen la reputación que tienen. El patio de los Leones es sobre todo celeberrimo. «Difícil sería, exclama Mr. Prangey, expresar la sensación



Interior del pabellón de Lindaraja, en la Alhambra

verdaderamente inaudita que se recibe al entrar desde el patio de la Alberca en el de los Leones. Allí os halláis entre galerías decoradas de todos los dibujos, cortadas en festones y estalactitas, y cargadas de blondas de estuco, que antes fueron pintadas y doradas; y la vista no descubre más que un bosque de columnas aisladas, espaciadas y agrupadas, sin perder nunca su elegancia, y dejando ver por entre sus masas el brillo que tienen las aguas de la fuente de los Leones al saltar del caño.»

Según la leyenda, en esta fuente cayeron las cabezas de los treinta y seis Abencerrajes; y una tradición popular asegura que cada noche reaparecen sus sombras ensangrentadas y amenazadoras. En cuanto á los leones de la fuente no son más que figuras de fantasía que no tienen sino una vaga semejanza con un animal cualquiera, pues sus formas son de una anatomía demasiado imperfecta, para que el artista no lo haya hecho con segundas miras, y como ya se ha dicho, no poseen otro carácter que el de simples caprichos de ornamentación.

Cuando los visitantes de la Alhambra oyen decir que todos los adornos que decoran las paredes de este palacio, no están, como los del Cairo y de la India, esculpidos en la piedra, sino vaciados en yeso, no pueden menos de negarse á creerlo, pues parece verdaderamente increíble, al examinar las resplandecientes aristas de aquellas molduras y su alisada superficie, que no estén labradas en el mismo mármol; y yo mismo no he creído que aquello fuese yeso, sino después de hacer analizar un fragmento. En efecto, Mr. Friedel, del Instituto, que por encargo mío se ha servido llevar á cabo este análisis, no ha encontrado allí sino sulfato de cal; de lo que resulta que positivamente todas las molduras de la Alhambra han debido fabricarse con yeso, unido sin duda á una corta parte de materia orgánica; y que todo esto constituye del modo más positivo el elemento principal de aquellas obras. Pero conviene añadir que un yeso que ha llegado á resistir durante cinco siglos á todas las intemperies, sin alterarse nunca, debía estar elaborado con una destreza excepcional. No creo que hoy en día ningún arquitecto se atreviese á fabricar molduras de yeso capaces de sufrir sin deterioro todas las inclemencias del cielo durante un período tan largo.

No cabe invocar como motivo de la conservación de este monumento, el clima de España; porque los trozos restaurados en épocas

muy posteriores á los Arabes, se hallan ya en mal estado, reconociéndoselos en seguida por su falta de aristas resplandecientes, por su superficie abollada y aspecto empastado.

Todos los artistas que se han ocupado de la Alhambra hablan con dolor del vandalismo con que los Españoles han mutilado esta maravilla; y hasta prescindiendo de Carlos V, que derribó parte del edificio para construir allí un disparatado palacio, no ha habido gobierno que no lo tratase como una ruina vieja, buena todo lo más para beneficiar sus materiales. «Las magníficas planchas de faienza esmaltada que adornaban las salas vendíanse todavía pocos años atrás para hacer cemento, dice Mr. Davilliers en su libro sobre España. Vendióse la puerta de bronce de la mezquita por cobre viejo; las magníficas puertas esculpidas de la sala de los Abencerrajes han servido para leña, y finalmente después de vender todo lo que podía arrancarse de la Alhambra, utilizaron sus magníficas salas trasformándolas en albergue de presidarios y almacén de provisiones.» A fin de que la limpia de las paredes se hiciese con más facilidad, tomábase la precaución de adornarlas de una buena capa de cal. Este ingenioso sistema de ornamentación tan estimado de los Españoles como de los Ingleses, se halla demasiado extendido entre varios pueblos civilizados para que no corresponda á una verdadera necesidad (1). Esas superficies blancas y lisas complacen á muchas personas, quizá porque concurren á satisfacer ese deseo de igualdad y uniformidad vulgares que cada día se apodera más de Europa.

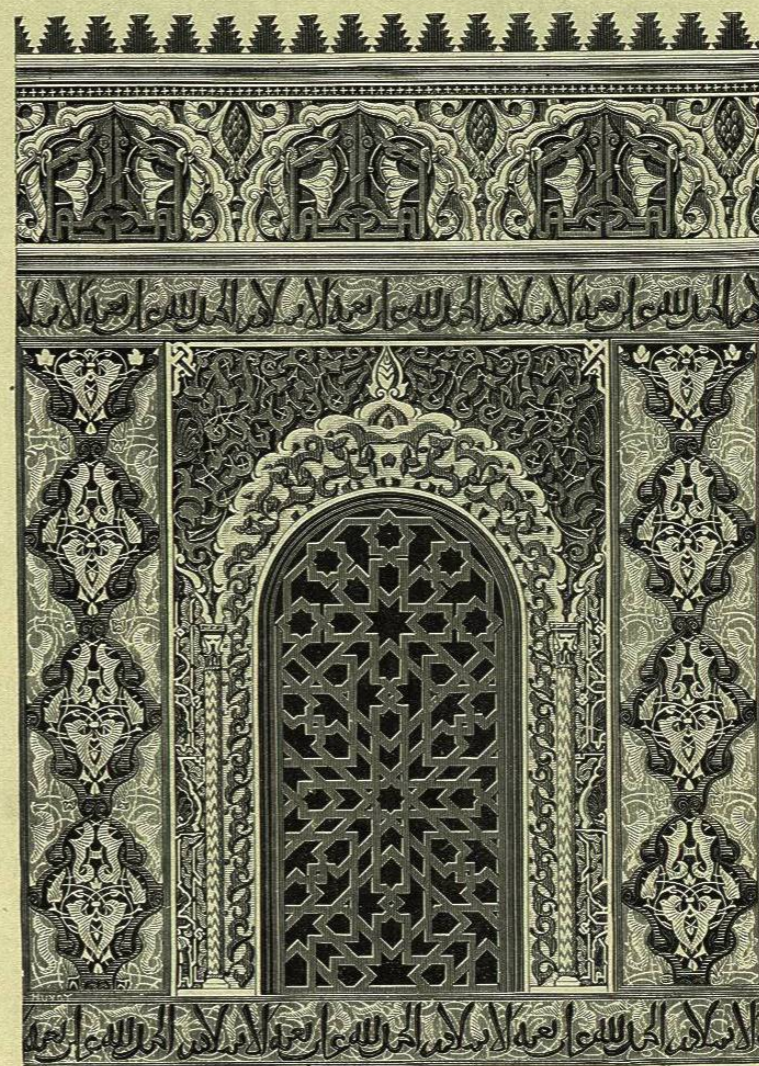
Durante mucho tiempo sólo los artistas se quejaron del deterioro de la Alhambra. Pero al

(1) Sería interesante comparar la profunda indiferencia actual de los Españoles por sus objetos de arte con el culto que los Italianos tienen por los suyos. Los viajeros que han visitado á Florencia saben que toda una serie de estatuas incomparables, como el Perseo, el Robo de las Sabinas, etc., está expuesta en una plaza pública al alcance de todas las manos; lo cual no impide que todos las respeten. En Granada, al contrario, yo mismo he visto que los domingos una de las grandes distracciones de los paseantes era entretenerse rompiendo á pedradas las esculturas de las ruinas del palacio de Carlos V. Cuando visité el Escorial, sombrío palacio de Felipe II, y triste morada que pinta el carácter español de esta época, tan bien como la Alhambra el de los Arabes, quedé sorprendido de ver todas las pinturas al fresco de la planta baja del claustro horriblemente rayadas en todas direcciones. Habiendo preguntado el motivo, el guardián me contestó que lo habían hecho los excursionistas del domingo rascándolas con los bastones y navajas. La población florentina es indudablemente una de las más afables del mundo; pero si los excursionistas se atreviesen á divertirse de este modo en el palacio Pitti, creo que morirían despedregados ó apedreados. Sin embargo, tengo mucho gusto en consignar que la afición á las cosas de arte parece despertar en España, siquiera en las clases ilustradas, y hallo la prueba de esto en las dos magníficas publicaciones dedicadas á los antiguos monumentos de la península de que he hablado en mi introducción, y que son dignas de las naciones más adelantadas.

fin tanto y tanto se repitió á los granadinos que poseían una maravilla digna de atraer á los turistas, que la ciudad resolvió conservar lo que quedaba del palacio. Rascóse un poco la capa de cal que se echara sobre las esculturas, y se ha empezado á restaurar el edificio, lo cual se hace con mucho tiento, bien que con demasia-

da lentitud, á causa de ser difícil hallar en España operarios capaces de emplearse en aquellos trabajos, aunque no sean costosos por tener á la vista los modelos que han de seguir.

Cerca de la Alhambra existe otro palacio árabe llamado el Generalife; pero como ha sido demasiado enjalbegado, es imposible discernir



Detalle de una de las ventanas de la Alhambra

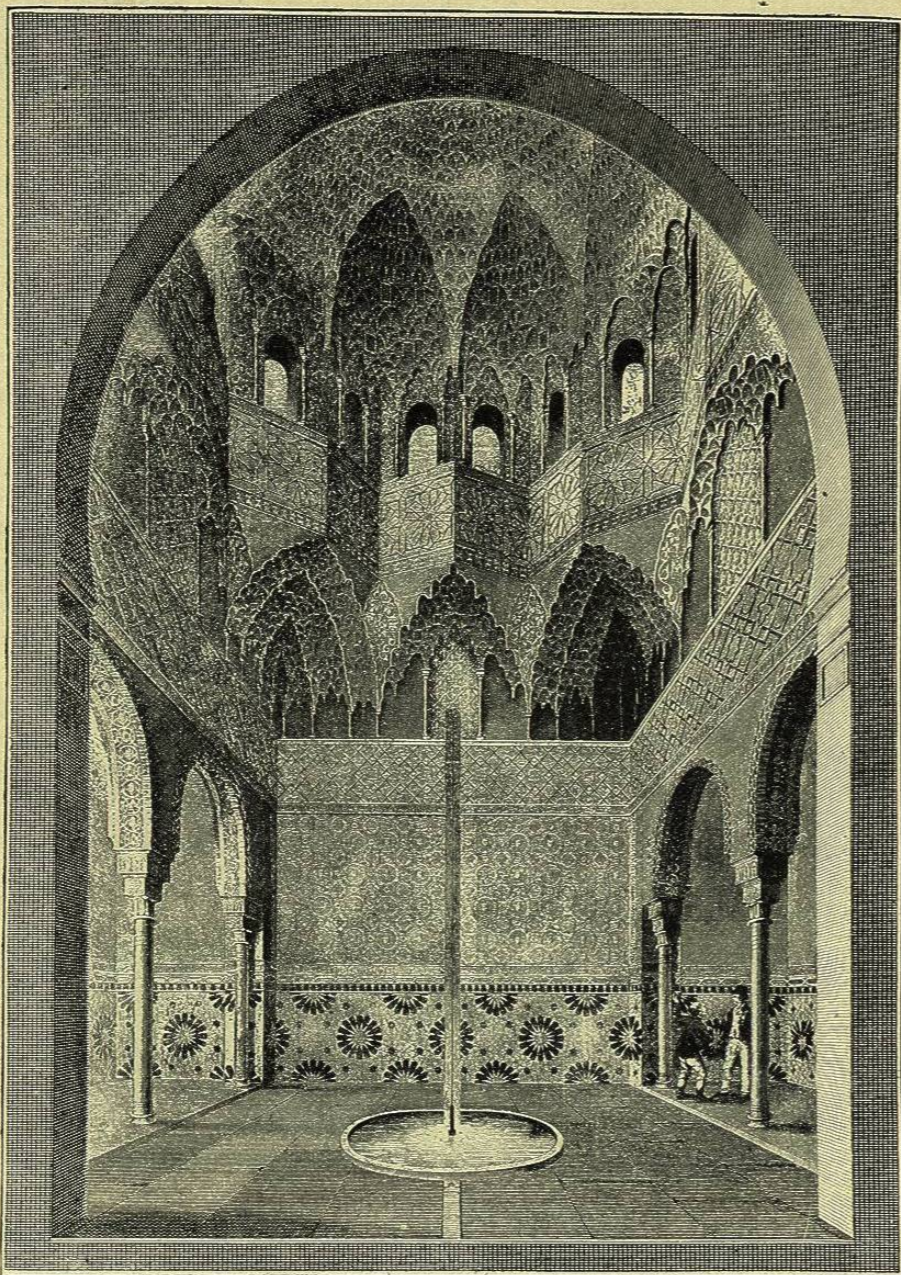
el mérito que tuvo. Lo único que, según nuestro parecer, hay aquí de notable, es el jardín; pues lo restante no merece en ningún concepto los entusiastas elogios que le tributan las Guías de viajeros.

En cuanto á la ciudad de Granada en sí misma, á ningún viajero recomendaré que la visite, después de haber leído las descripciones de los poetas árabes que hablan de ella como de «la ciudad más hechicera que el sol llegará nunca á iluminar en su curso; como de la Damasco de Andalucía.» Ignoro lo que sería la antigua ciudad árabe; pero la Granada de hoy no es más

que un pueblo grande, triste y sucio, sin más ventaja que estar colocado en uno de los más bellos sitios del mundo, y poseer monumentos tan extraordinarios como la Catedral y la Alhambra. Las casas actuales de la ciudad carecen de estilo; y en cuanto á los ricos colores de que están pintadas, según aseguran ilustres literatos modernos, he de confesar que no los he hallado en ninguna parte, á pesar de buscarlos con el mayor escrúpulo. Granada es ahora una ciudad muerta, cuyo aspecto contrasta singularmente con el de Sevilla, tan llena de movimiento; y sus habitantes tienen fama de poco hospitala-

rios, como también de ignorantes y torpes. Por mi parte he observado el siguiente dato característico: que los libreros son tan numerosos en Sevilla, como raros en Granada.

No me extenderé más en esta breve enumeración de los principales monumentos árabes de España; pues si añadimos el Alcázar de Segovia y algunos otros edificios que tendremos



Sala de los Abencerrajes, en la Alhambra

ocasión de examinar en otro capítulo, al estudiar la influencia de los Arabes en Europa; se tendrá un cuadro bastante fiel de los que España todavía posee. No es gran cosa para lo

mucho que hubo. Sin embargo, bastaría para darnos una elevada idea de la grandeza del pueblo árabe, aunque los trabajos científicos y literarios del mismo hubiesen desaparecido.

CAPÍTULO VII

LOS ÁRABES EN SICILIA, EN ITALIA Y EN FRANCIA

I

LOS ÁRABES EN SICILIA Y EN ITALIA

Cuando se estudia atentamente la historia de los Arabes en las diversas comarcas por ellos visitadas, se reconoce en seguida que sus invasiones discrepan de carácter, según la intención que tuvieron. En aquellas donde se proponen ocupar definitivamente el país invadido, su política invariable consiste en conciliarse la voluntad de los habitantes; y haciendo todo lo contrario de los conquistadores de su época, respetan las leyes y la religión del vencido, y tan sólo le imponen un ligero tributo. Así procedieron, según vimos, en Siria, Egipto y España. Pero cuando invaden un país con el designio de hacer algunas rápidas incursiones, es decir, de no quedarse en él, su método cambia, é imitando á los demás conquistadores, consideran á la región ocupada como una presa, de la cual es necesario sacar en breve el mayor partido posible, antes de soltarla. Entonces pillan todo lo que cae en sus manos, destruyen lo que no pueden llevarse, y prescinden de tratar bien á los habitantes. Así procedieron en Italia, y particularmente en Francia.

En sus invasiones en Sicilia usaron sucesivamente de ambos métodos. Poco numerosos al principio para luchar con los Griegos de Constantinopla, que entonces eran dueños de Sicilia y de parte de Italia, se reducen á invasiones efímeras, las cuales tienen siempre un carácter devastador. En efecto, penetran en una provincia, apodéranse de cuanto pueden llevarse, degüellan á los habitantes que se defienden, y desaparecen rápidamente. Pero alentados después por sus repetidas ventajas, entreven la

posibilidad de fijarse en el país, y empiezan á tratar bien á la población. Finalmente, el día en que se consideran verdaderos dueños, renuncian del todo á las costumbres saqueadoras, dotan á la comarca de todas las ventajas de la civilización, y ejercen como en España una influencia progresiva muy importante.

Sólo teniendo presente este distinguido fundamental, se llegará á comprender la historia de los Arabes en las diferentes comarcas que ocuparon, y á explicarse el motivo de que estando algunas muy cercanas entre sí, la conducta de los dominadores fuese tan discrepante.

Verificaron las invasiones de Sicilia é Italia los mahometanos de Africa; cuya mayor parte debió ser berberisca, pues en esta época los Arabes de dicho continente estaban en minoría. Aquellos Berberiscos, según ya se vió, pertenecían á una raza que si era de las más valientes entre todas las que seguían la ley del profeta, en cambio era de las menos civilizadas.

Desde el primer siglo de la hégira los Arabes habían hecho alguna incursión en Sicilia y en las demás islas del Mediterráneo, pero tan sólo á principios del siglo III, cuando el Africa septentrional se libró de la dependencia de los califas de Oriente, intentaron conquistarlas de veras. Una circunstancia particular les movió á emprender su conquista. Gobernaban entonces la Sicilia unos funcionarios enviados de Constantinopla, y el almirante que estaba encargado de defenderla, sabiendo que el emperador había ordenado matarlo, quitó la vida al gobernador, y se declaró monarca de la isla. Pero luego se vió en peligro de sucumbir ante una revuelta, y fué á Africa á solicitar la protección de los musulmanes; de cuyo punto regresó con un ejército, el cual poco después operó por su propia cuenta, y